

# HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

## La anécdota literaria

A propósito del *Diario* de Jules Renard.

**L**A anécdota ha corrido diversa suerte en la historia literaria. Por cierto que ha existido siempre, al menos, desde que hay Historia. La Historia con mayúscula supone las historias con minúsculas, que viene a ser la anécdota, etimológicamente «no-publicado», inédito, es decir, pequeño rasgo que desdeña el hombre grave y el frívolo recoge y aprovecha. Es muy agradable y sirve para medir a los grandes personajes, poniendo una nota humana, no siempre respetuosa, en el pedestal de las estatuas oficiales.

El desacreditado siglo XIX las cultivó de un modo científico. Sainte Beuve, al desviar la crítica literaria de la obra al individuo, abrió el camino a la anécdota y la prestigió con todo el significado del estudio psicológico. En realidad, sería difícil comprender a un autor célebre sin acudir a los detalles de su vida privada. Una buena biografía viene a ser una anécdota larga sembrada de anécdotas pequeñas. ¿Qué otra cosa son las *Charlas de los Lunes*? Y de ahí su encanto fresco, permanente, hecho de novela, verdad y poesía.

El autor de los *Orígenes de la Francia Contemporánea* la elevó al rango de instrumento indispensable para el conocimiento de las épocas históricas: sus «pequeños hechos significativos» constituyen todo un sistema y los lectores de sus obras no olvidan la impresión, a un tiempo vigorosa y pintoresca, de esa serie de miniaturas apretadas que forman sus grandes cuadros tan ricos de color. El río de su majestuosa teoría—para tomarle

la imagen favorita—corre entre márgenes pobladas de arbustos y pequeñas plantas verdes. Taine es el verdadero padre de la novela naturalista, basada en el documento humano, en el trozo de vida real, apenas estilizado, verdaderas colecciones de anécdotas psicológicas y, con frecuencia, fisiológicas.

Pronto se abusó del sistema: el *Diario* de los Goncourt constituye una empresa industrial, perfectamente organizada, para la explotación de las anécdotas contemporáneas. Ellos se instalaban delante de sus ilustres amigos con el propósito deliberado y preconcebido de retratarlos a mansalva; después de cada comida «chez Brebant» o tras cualquier visita, aparentemente inofensiva, cogían su pluma implacable y dejaban para la eternidad el testimonio de cuanto vieron, adivinaron, oyeron y hasta olieron. Así, a través de sus páginas, las celebridades de la época aparecen en las actitudes más íntimas, a veces menos respetables. Con su espíritu minucioso, fueron los únicos que consiguieron sacar de paciencia a Renan y arrancarle una réplica olímpica.

Recientemente, un académico ha protestado con energía contra «esa nube de indiscretos memorialistas» que se deja caer sobre los muertos célebres. Hablando de Anatole France, sin nombrarlo, M. Paul Valéry, en su discurso de introducción, flageló a Jean Jacques Brousson, también sin nombrarlo, por sus libros de recuerdos en que exhibe las debilidades íntimas y penosas del maestro epicúreo.

No faltan ejemplos de que un ilustre difunto se haya visto entregado a una nube de peligrosos amigos y demonios de la anécdota que nos instruyen sobre lo que hizo de perecedero. Por ello a los desgraciados grandes hombres, su gloria, señores, los hace dos veces mortales: una vez como hombres y otra vez como grandes. Diríase que lo importante para algunos es que un hombre haya sido menor de lo que se pensaba. Pero consideremos, al contrario, que lo que interesa a todos es, solamente, lo que aumenta nuestro sentimiento de la dignidad de las letras. ¿No sabemos que un hombre es un hombre y que si todo fuera exactamente puesto al desnudo, nadie se atrevería a mirar a nadie y, por la evidente equivalencia de las debilidades, cada cual en silencio se contentaría tristemente con las suyas?

Cuestión de punto de vista.

M. Valéry parte del principio de que un grande hombre está sujeto a las mismas flaquezas que cualquiera y no cree necesario descubrirlas. Es que él los mira desde el interior del recinto y se sabe del número escogido. Nuestra situación es distinta: nosotros, el común de los lectores, los miramos como algo más que simples seres humanos y experimentamos una secreta alegría y como una suave revancha, viéndolos descender hasta el plano común. La pequeña anécdota constituye el certificado

de nuestro pequeño parentesco con los individuos de mármol o de bronce, dominantes desde la altura de sus pedestales.

Los Goncourt nos dieron muchos de esos documentos. Ahora tenemos otra colección, aguda, casi terrible, en el *Diario* de Jules Renard, recientemente aparecido.

Se sospechaba algo del drama de este escritor perfecto; sus memorias íntimas nos abren y colocan delante de los ojos todas las heridas, todas las miserias, todas las dolorosas interioridades de sus entrañas literarias. Porque Jules Renard tenía hasta las vísceras de tinta y de papel y si André Gide ha superado a Rousseau en franqueza para confesarse, Zanahoria los aventaja a todos en la exactitud cruel y cínica para hablar de sí mismo, de su padre y de su madre. No se perdona ni aún los más fugaces movimientos de envidia e impotencia, se trata como el peor de sus enemigos no se atrevería a hacerlo. Todo mediante frases lapidarias, medallas de oro que tintinean sin defecto, miniaturas nítidas donde no hay una línea confusa y en las que el claro genio francés vence y ofusca todas las demás claridades.

La verdad es que no pedíamos tanto. . . .

Al cabo, la lectura del *Diario* de Jules Renard, como las *Memorias* de León Daudet, se vuelve intolerable de franqueza y, a fuerza de refinamiento, llega al salvajismo; produce espanto verlo darse caza a sí mismo tan sin compasión, como si se tratara de una fiera.

Por contraste, las anécdotas sobre los demás resultan amables.

He aquí a Víctor Hugo. Sus años de ancianidad lo habían llevado a la apoteosis. Véase—y se le veía—colocado en la consumación de los siglos para servir de faro conductor a la humanidad. Ya no daba audiencias: habría sido imposible. Los diarios anunciaban: tal día, a tal hora, Víctor Hugo se asomará al balcón de su casa. Y esa hora de ese día una muchedumbre aguardaba respetuosamente la aparición del Maestro solar. Puntualmente, con precisión de astro y de burgués, el poeta dejaba contemplar su cabeza de viejo león en el momento indicado. Y el Papa de la cristiandad no recibía homenaje más profundo que el autor de *La Leyenda de los Siglos*.

Veámoslo de puertas adentro.

El padre Hugo llevaba, hasta sus últimos días, una minuciosa cuenta de gastos. De temperamento muy verde, encontrábase embarazado para apuntar ciertas partidas y, nórdicamente, estampaba: «*Bienfaits....*» «*Beneficios....*» Jules Renard lo presenta en la mesa (tomo I, pág. 114):

Comida en casa de Víctor Hugo. Naturalmente, el gran poeta preside; pero a un extremo de la mesa, aislado; los comensales poco a poco se retiran de él, se acercan a la juventud, a Juana, a Jorge. El poeta está casi sordo; no se le habla. Olvidábasele ya, cuando, de pronto, hacia el final de la comida, se escucha la voz del grande hombre de barba hirsuta, una voz profunda, venida de lejos, que dice:

—¡A mí no me han dado bizcochos!

El acento apocalíptico cuyos ecos estremecían a la humanidad reclamaba su ración.

Un admirador extranjero, queriendo recoger todos los rastros del ídolo, interroga a la portera de Julieta Drouet, que, durante tantos años, lo vió entrar y salir en la casa inmortalizada por sus amores:

—¿Ud. conoció a M. Hugo?—¡Oh! sí, mucho. Calcule Ud. que venía todos los días a las cinco en punto, como los gendarmes. Jamás faltaba. Nunca supe si sería tiñoso; pero el hecho es que nunca me hizo el menor saludo a la pasada. Yo le decía «el imbécil». Cuando se acercaban las cinco: —Ya va a venir el imbécil.—A las cinco:—Ahí va el imbécil.

Relatividad de los valores humanos, lecciones de modestia, puntos de referencia para medir la Historia grande, he aquí las enseñanzas principales y la utilidad de estas historias con minúsculas que son las anécdotas. Los grandes hombres se nos escapan de las manos si permitimos a la fantasía idealizarlos sin control; pierden su utilidad si acaso no los traemos de cuando en cuando al plano terrestre mediante el hilo malicioso de alguna anécdota oportuna. El *Diario* de Jules Renard, tela firme, tejida con esos hilos, podría servir de sudario a las mayores vanidades literarias.—A L O N E.

## Altiplanitis

### LA ENFERMEDAD MEXICANA

**A**SI como en Londres las brumas y la humedad han engendrado su mal, el *spleen*, también en el antiguo imperio azteca toda la vasta meseta que va de la histórica ciudad de Puebla a la ciudad de León, tiene su mal sin nombre que bien podría llamarse la altiplanitis: la inflamación, la enfermedad de las alturas. Los que en la meseta nacieron, apenas sedan cuenta de su mal; viven toda la vida enfermizos, repartiendo los largos ocios entre el cigarrillo siem-